



club-caza Social No estás registrado ¿Olvidaste tu contraseña? Registrarte

/ARTÍCULOS

Portada Actualidad Opinión Canales Secciones Servicios Comunidad Web Registro

« [La pérdida de biodiversidad, la agricultura y la actividad cinegética](#)

[Índice](#)



El tiempo, inexorable, nos cobra siempre su tributo. Un año ya de la muerte del maestro Delibes... Otro maestro, Jorge Urdiales, autor del Diccionario del castellano rural en la narrativa de Miguel Delibes, nos lleva con él de caza...

JORGE URDIALES | 03/03/2011

Gorgonio, Miguel Delibes, *el tío Julián*, Melecio y Alfredo Recio Cuesta eran cazadores de antes y de después de la guerra. Amigos todos ellos a través de la escopeta, practicaban el tipo de caza cotidiano en Castilla: la caza menor, la que desgasta las piernas y hace hambre, la que te saca de la cama cuando todavía es de noche y te obliga a pasar frío y fatiga en busca de aquellas perdices del rebarco o de aquella liebre «Que en las soleadas mañanas de noviembre busca la amorosa abrigada de las laderas».

El que escribe este artículo, les propone acompañar a Gorgonio en una jornada de caza junto a sus amigos en una historia que tiene mucho de verdadera y algo de imaginada. Los personajes son todos reales. A Miguel, el escritor, de 1920, no hace falta presentarlo. Melecio, que luego sería secretario de varios pueblos de la provincia de Valladolid, nació el mismo año que Delibes, pero en Castrillo Tejeriego. Gorgonio, del mismo pueblo, había nacido el año de la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Luchó en la guerra de África y se vino a Madrid en busca de un futuro mejor. El tío Julián era el mejor cazador que había tenido Castrillo en mucho tiempo. Su máquina de fotos fue la primera que se vio por el pueblo. Alfredo Recio Cuesta, el mayor de todos, era además padre de Julián y suegro de Gorgonio.



Acompañemos por tanto a Gorgonio en esta jornada de caza desde que se levanta hasta que llegue la hora de comer, citando y nombrando los términos venatorios que aparecen en las obras de Miguel Delibes (¡hasta 122 tengo catalogados!).

compañemos a este sabio rural que fue Gorgonio en una jornada de caza imaginada que surge de la lectura de los libros del cazador Delibes, sabiendo que los términos venatorios que vayan apareciendo en este artículo han salido todos de los relatos de don Miguel:



En el número de marzo:

- 39ª Convención anual de cazadores del SCI en Reno
- Nyati o no nyati, esa es la cuestión
- Cacerías relámpago (I)
- Lance in memoriam
- Gorgonio, de caza con Delibes
- Finca Lagunes. Cuna de ibéricos récord
- La sal de la montería
- El Chepa. El poder de la dulzura de una niña

SOPAS DE AJO PARA DESAYUNAR

La mujer de Gorgonio encendió la lumbre de mañanita. La cocina está en el santo suelo y la chimenea es ancha y alta, las dos plantas y media de la casa. Prepara unos palos secos de carrasca. Frota un fósforo o un mixto, que tanto monta mixto que fósforo, y se enciende. Prende el trozo de papel que ha metido entre los palitos secos. Va añadiendo leña, sin ahogar el fuego. Arrimará luego el chocho que no se quemó del todo el día anterior y otros considerables trozos de madera de monte, que es lo que se gasta en esa casa.

En una cazuela de barro, con tapadera de barro, ha preparado ya las sopas de ajo del marido, plato de cuchara del desayuno. Las arrima al fuego. Hervidas ya, cuando haya ascuas, las colocará alrededor de la cazuela y sobre su tapa.

Gorgonio desayunará sopas de ajo pegadas. El dorado curruscante que arranca con la cuchara del barro de la cazuela es pura gloria. El rey en palacio no tiene nada parecido.

Puede que tome algo sólido, por ejemplo, quizá, un choricito crudo que corta a navaja con pan lechuguino de los de cuatro canteros.

Gorgonio, muy de mañana, sale al campo. En la plaza lo esperan su suegro Alfredo, el tío Julián, Melecio y Miguel, que viene de Valladolid.



DELIBES DICCHARACHERO

Hoy el tiempo está revuelto y el día ha amanecido con una niebla meona que moja los campos. «En llegando San Andrés, invierno es», repetía siempre *la tía Melchora* y hacía ya más de un mes desde el 30 de noviembre. Gorgonio y sus amigos no podían pedir otra cosa al cielo de Castilla. «Quizá a media mañana...» comentó Alfredo Recio Cuesta. Casi preferían estos días a los de cellisca, o los de carama, que son aún peores que los de cellisca. Gorgonio no se ha olvidado de nada: el chaleco-canana, la percha, el morral o zurrón, la escopeta, los cartuchos (no sabemos si son de sexta o de séptima...). Tampoco sabemos si Gorgonio se va a llevar hoy los dos galgos que tiene en el corral. ¿Veremos al Gorgonio galguero o al bichero, o quizá salga a cazar perdices? Si su amigo Miguel ha traído a la *Doly*, es que hoy es jornada de perdices.

Gorgonio, Miguel y los demás dominan la caza menor y hacen a todo. Yo les he visto dar una batida, una cazata, cazar en mano, dar un ganchito, a tornacaza... y todo en función de la veda, media veda o desveda.

«Hoy tienen que caer unas cuantas perdices, que la *Doly* anda fina de vientos», asevera Miguel ya de camino a la Sinova por la carretera de Villavaquerín. Le gusta a Miguel el acotado de la Sinova. La perdiz de la Sinova es volandera. Les vuelve a contar a los amigos que: «De chico, hace treinta y muchos años, recuerdo haber tirado con frecuencia a los aguanieves desde un renqueante Chevrolet (...) Nunca olvidaré la primera que abatí en un aguazal en los bajos de la Sinova» (*Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*, pp. 58-59). Miguel está hoy parlanchín: «Recuerdo que a mi padre, cazador desde la infancia, le ocurría otro tanto y una vez que mi hermano le extravió el guardamanos en la Sinova y se vio en la obligación de utilizar otra arma, no bajó una codorniz ni por casualidad en toda la tarde» (*Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*, p. 109). La Sinova es un cazadero pateado por todos ellos año tras año. Parece que el acotado de la Sinova se adaptase a los cinco amigos con sus abrigoños, sus perdederos y sus aguardaderos.

Al dejar a mano derecha las cuatro casas de la Sinova, se oye a Miguel hablar con el viejo, Alfredo Recio Cuesta, y relatarle aquella vieja historia con Melecio: «Fuimos

El adiós del Mochuelo

Querido Maestro:

Espero que, a la llegada de estas cuatro letras, te encuentres... bien, por aquí, y a pesar de todo, todos bastante bien, gracias a Dios.

Parece que fue ayer. El tiempo, ese infame deambular por la vereda hacia su único e inevitable remate final, con rumbo petulante y repleto de certeras ignorancias, nos ha jugado, como siempre, la mala pasada del olvido prematuro. Parece que fue ayer cuando nos sorprendió, no por menos esperado, lo inesperable. Parece que fue, apenas no más de un rato, cuando el *Nini*, desde la boca de la guarida del *tío Ratero*, acariciaba a la *Fa* con el dedo gordo del pie descalzo y levantaba en adiós la mano hacia los cipreses. Su sombra, alargada como tu sombra, ensortijada en los surcos, helaba con el relente una lágrima, sola, del marino Pedro, con el anillo de *Jane*, en la lápida de Alfredo.

¡Qué lágrima tan sola!

Yo me fui a la capital. La niña Martina se perdió, aporreando su piano, por las callejas de un barrio sin puerto y sin marineros. Y el *Ratero* se pudrió, de la mano del *Picaza*, en un triste calabozo. ¡Perra suerte la de un perro!

Doña *Resu*, el *Undécimo Mandamiento*, acabó con los augurios encerrada en un pajar y esfumó a Torrecillóriga entre la niebla del páramo. Lloró el *Malvino* su suerte y el Prudencio su desgracia. Y el *Nini* es sólo un fantasma de la memoria baldía. Recibí, con tus recuerdos, la carta de la *Uca-Uca*. Me contó que *La Guindilla*, la que ejerce de su madre, le quiso borrar las pecas. A la *Mica* la afearon las preñeces y el *Monigo* no persigue lagartijas, pero reza las jaculatorias de la Sara en perdón por sus pecados y los de todos aquellos que olvidaron su camino. Y el milagro del *Tiñoso* nunca llegó a los altares.

Tiempos tristes, éstos, Maestro. Tiempos de pena y olvido, de mirame y no me toques y de mucha sinrazón. Don Eloy se fue en tu busca, sin librillo y sin

Melecio y yo en la furgoneta del pescado hasta lo de la Sinoba. La carretera está llena de agujeros y el trasto botaba con ganas». (*Diario de un cazador*, p. 98).

La niebla está levantando y Gorgonio y los amigos van llenando las perchas de buenas perdices. El zarzagán todavía les golpea a ratos con fuerza. Una de las perdices ha caído en el mismo arroyo Jaramiel, entre un cachón y un cadozo. Han sido pacientes, pues ya se sabe, según Miguel «El que de entrada tira a lo loco, cazará poco». Comienza a calentar el resolillo y el campo lo agradece. A Alfredo, el viejo, le cuesta Dios y ayuda subir algunos cerros. No tardará mucho en sentarse al agregado en algún majuelo.

Mientras tanto, Miguel recuerda con *el tío Julián* la cazata del domingo anterior: «A las perdices de Torre, que no parecen excesivas, hay que estudiarlas, como hay que estudiar la topografía para decidir la mejor manera de trastearlas hasta conducir las a un terreno propicio». (*Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*, p. 88). Pareciese que hoy le invade la nostalgia a Miguel. A vueltas con el pasado, añora al padre que ya perdió: «A estos efectos, yo recuerdo mis excursiones infantiles, de morralero con mi padre, en las heredades recién segadas de Quintanilla de Abajo, Olivares y Sardón de Duero» (*La caza en España*, pp. 75-76). Al tío Julián le gusta escuchar a Miguel «Los cazaderos próximos (Renedo de Esgueva, Villafuerte, Villanueva de Duero, Tordesillas, Quintanilla de Abajo, La Santa Espina) los visitábamos con él, mientras el Volksvagen lo reservábamos para otros más distantes (Belver de los Montes, Villa Esther o Riego del Camino). Citar estos cazaderos es evocar la juventud» (*Mi vida al aire libre*, p. 214).



Gorgonio, que ya ha leído los primeros libros de su amigo, le recuerda que pasan de la docena los verbos propios de la caza que él emplea en sus libros: emplomar, manear, apeonar, apiolar, aspear, cobrar, colgar, encamar, entriزار, enviscar, azuzar, cepear, embaradar, repullarse...

Después de unas cuantas manos, vuelven todos donde se quedó Alfredo Recio Cuesta, que ya se impone un descanso. Miguel, el escritor, el de Valladolid, propone ir a las laderas de Villafuerte el próximo domingo, pero si van los cinco: «Las rampas de Villafuerte no son abarcables por dos escopetas. Se mire por donde se mire, este cazadero es cazadero de vaivén, de ida y vuelta» (*Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*, p. 18). Incluso sugiere otro acotado: «Otra zona sintomática a estos efectos es la de Quintanilla de Abajo, próxima a Peñafiel. Con un fuelle resistente y unas piernas elásticas, hace diez años en estas diabólicas laderas podían conseguirse perchas de gala» (*Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*, p. 127).

Gorgonio, el tío Julián, Melecio, Miguel y Alfredo Recio Cuesta vuelven al pueblo con doce perdices y un par de liebres. El sol calienta la espalda de los cinco amigos. En la plaza del caño Delibes cogerá el coche de línea, cuyo responsable es Alpiniano, camino de Valladolid; Gorgonio comerá con su mujer y sus hijos Carlos, Maruja y José Antonio, que aún anda con pañales; el tío Julián se queda en la plaza comprándole unas telas al padre de Onésimo; Melecio sabe que tiene cocido en casa y partida en el bar y el viejo Alfredo piensa echarse una siesta de pijama y orinal después de comer.



Antes, todos se despiden, miran a lo alto y Miguel, el de Valladolid, sentencia: «El cielo es tan alto en Castilla porque los labradores lo han levantado de tanto mirarlo».

papel, y a la pobre de la *Desi* la plantaron en la calle. El apego de la *Marce* no era más que una patraña para enviarla de vuelta a una esquina de la vida. Y allí sigue.

Y la *Menchu* erre que erre. ¡Anda que no tiene cuerda! Si te encuentras con el Mario dile que salió tramposa, quejicosa y altanera, y que reniega de un mundo que pudo ser de esperanzas y acabó, ésta es la prueba, como el rosario la aurora. Coméntale al Azarías que el *Bajo* sigue en *La Raya* y murió la *Niña Chica*. El *Quirce* arregla motores, la Nieves sigue sirviendo y la *Régula*, con reuma, sigue con su luto eterno. Es que lo lleva en el alma y es difícil de arrancar.

Y que sepas, porque nunca te lo dije, que me jodió que cazaran al matacán del majuelo. ¡Así cualquiera! ¡Menudos *caceros* de chicha y nabo los que acosan a una liebre en una caballería! Que sepas también, Maestro, que de esos... aún nos quedan unos cuantos.

Volverás, que lo sé, como dijo tu tocayo, «... a mi huerto y a mi higuera...», mientras tanto, querido Maestro, seguiremos esperando apegados al recuerdo de la miel de tu palabra... a la sombra alargada de un ciprés, en un majuelo, del cazadero de la Sinova...

Antonio Mata

Por temas...

- Armas y Municiones
- Caza Internacional
- Fotografía e Imagen
- Gestión Cinegética
- Legislación
- Perros de Caza
- Reclamo

Fotos: archivo Juan Delibes de Castro

Nota: Jorge Urdiales Yuste es el autor del Diccionario del castellano rural en la narrativa de Miguel Delibes y del Diccionario de expresiones populares en la narrativa de Miguel Delibes.

Comentarios (4)

Usa un tono respetuoso y procura que tus comentarios sean relevantes y relacionados con el artículo. No está permitido verter comentarios contrarios a las leyes españolas o injuriantes. Los comentarios inapropiados o en tono ofensivo podrán ser editados o eliminados.



Inserir
Comentario

Sin título

03/03/2011

[ecosfera](#)

03/03/2011

Magnífico relato.

Ha sido un privilegio cazar en una época cinegéticamente irrepetible. Los lugares que recorrimos, las gentes que llegué a conocer, las dificultades que con ingenio y ganas superábamos domingo tras domingo, y con menos medios que actualmente.

En esto de la caza menor, puedo afirmar sin lugar a dudas que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Y a los demás

03/03/2011

[CESAR](#)

03/03/2011

tan solo nos queda disfrutar con estos relatos, que no es poco.

Obras de caza de Miguel Delibes

03/03/2011

[portuense](#)

03/03/2011

Muy buenas a todos los compañeros de caza, me dirijo a todos Vds., para que me indicaraís, donde puedo conseguir, las novelas de caza del maestro Miguel Delibes, (Diario de un cazador, desventuras, aventuras de un cazador a rabo etc etc), ya que de joven las tenía todas, pero a través de los años he ido prestándolas a unos a otros, y entre mudanzas y leches, no encuentro ninguna.

Muchas gracias por vuestra colaboración y un saludo cordial desde Cádiz.

Obras completas

03/03/2011

[A. Mata](#) [aut](#)

03/03/2011

Portuense, el Círculo de Lectores ha publicado, hace unos meses, las obras completas, en 7 tomos, a muy buen precio. Yo me las estoy relejendo de arriba abajo. Si no las quieres comprar todas puedes comprar los tres (o cuatro no recuerdo) volúmenes de solo novela. Seguro que lo encuentras en la FNAC esa, o en la Casa del libro. Lo puedes ver y pedir por la internete.

Disfrútalas porque son un auténtico placer. Aún no puedo reprimir la rabia en pensar cómo se pudo ir el Maestro sin conseguir el dichoso Nobel (aunque sea una pantomima). Si no lo merece él, en mi opinión, no lo merece nadie. Un abrazo.

Leer más

Navegación

[Ir al índice](#)

[Artículo anterior: La pérdida de biodiversidad, la agricultura y la actividad cinegética](#) | [Jesus Llorente](#)

Artículos relacionados con 'Modalidades'

[Los puestos en la caza del jabalí al rastro](#) | [Pardal](#)

[Sobre las esperas nocturnas al jabalí](#) | [Rayón](#)

[El chaleco y la visión de las especies de caza](#) | [Adol](#)

[Caza con perros de madriguera](#) | [Josep Mir](#)

[¿Una modalidad falta de ética? ¿Por qué?](#) | [Rayón](#)

[¿Admiración? a cada uno la que merezca...](#) | [Rayón](#)

[Cada cosa en su tiempo y sitio](#) | [Rayón](#)

[Aprender a cazar con perro](#) | [Jesus Nadal](#)

[El reclamo y los pollitos de perdiz](#) | [Manuel Romero](#)

[Cuando canta la perdiz...](#) | [Manuel Romero](#)

[Los zorrales y sus cambios](#) | [Rayón](#)

[¿Cacerías por interés?](#) | [Diego Ruzaña](#)

«Aficionados» y AFICIONADOS al reclamo | Manuel Romero
La utilización de reclamos vivos para la caza | Joaquim Vidal
El Isard, o lo que queda de él | Jordi Fabà
La paloma vuelve sobre sus pasos | Pablo Almarcegui
Mauullidos... suspiros... bostezos... | Manuel Romero
Calor, luna y jabalíes: ¿Nos vamos de espera? | I. A. Sánchez
Defender nuestro derecho a cazar | Miguel A. Díaz García
Vicios y resabios del reclamo | Damián Fermín Vaquero
¿Qué eliminar primero, modalidades o «cazadores»? | Rayón
¿Son compatibles las esperas con las monterías cochineras? | Santiago Segovia
Claves para tener éxito en las esperas al jabalí | Francisco Carrillo
Tirando a palomas | Cazarmás
¡A montar! | Grupo Vigilancia y Gestión
El muflón | Alberto Aníbal-Álvarez
Así es el verdadero cazador a rabo | Miguel Ángel Romero
Zorzales | David Rubio Alza
La tecnología y la becada | Ricardo V. Corredera
Cómo poner las perdices a tiro | Miguel F. Soler
A las perdices | Andrés López
Esperas: ¿el calibre es la cuestión... o es una cuestión de calibres? | Pedro A. Suárez
Conejos: esperas y recechos entre olivos | Miguel F. Soler
Luces y sombras | Pedro Fernández-Llario
Cazar con seguridad | Antonio Bello Giz
A perro y hurón | Juan Miguel Sánchez Roig
Caza del zorro con perros de madriguera | Andrés Cano Bote
La urraca, un escurridizo objetivo | Andrés López
Ansares en las marismas del Guadalquivir | Rafael Rodríguez
Perdices y perdiceros de alto rendimiento | Miguel Soler
Tras los jabalíes con perros de rastro atraillados | Alejandro Lorenzo
El perro de sangre: Primeros pasos | Juan Pedro Juárez
El perro de sangre: Iniciación del cachorro | Juan Pedro Juárez
El reclamo y otras modalidades: cazar o no cazar | Miguel Ángel Díaz
El perro de sangre: El porqué de las cosas | Juan Pedro Juárez
El perro de sangre: Camino hecho y por hacer | Juan Pedro Juárez
El perro de sangre: La homilía de los humildes | Juan Pedro Juárez
El perro de sangre: Pinocho y su nariz | Juan Pedro Juárez
Los zorzales, una alternativa en tiempos de crisis | Cristóbal de Gregorio
El perro de sangre: La perfección no existe | Juan Pedro Juárez

Club de Caza en:



Buscar

Avisos legales | redacción@club-caza.com
© club-caza.com 2002/2011
Desarrollo: niwala.com

